

UN KOAN PARA EL SEÑOR NISHIDA

El señor Nishida lavó las tazas, los bols y los platos del almuerzo y los apoyó boca abajo sobre un repasador. Luego se secó las manos, y suspiró. El domingo era el mejor día de la semana. La familia dedicaba los sábados a las compras y la limpieza de la casa, y los demás días parecían escurrirse como aire entre ellos, que iban de la casa a la escuela, de la escuela al trabajo, del trabajo a casa, pasando antes a buscar a las niñas o por algún otro lugar, sin poder dedicarles tiempo a las cosas que más les gustaban, o a veces el tiempo debido a las cosas cotidianas.

La señora Nishida había salido temprano a visitar a su hermana y no iba a regresar hasta la tarde. Había dejado el almuerzo preparado y el señor Nishida no tuvo más que calentarle y servirlo.

Él y las niñas habían comido el *tonkatsu*, el arroz y las espinacas con semillas de sésamo, y ellas habían salido al jardín mientras el señor Nishida sumergía platos y bols en una montaña de espuma. Las manos y los objetos entraban en la montaña blanca y desaparecían.

La voz de Mimi llegó desde afuera con fuerza. ¿Por qué grita?, pensó el señor Nishida. Ni él ni la señora Nishida

solían levantar la voz. Pero en Mimi todo parecía siempre escapar de ella, su voz, sus gestos, algo en sus ojos, lo que pensaba o sentía. Es como si rebalsara, pensó el señor Nishida. Una especie de preocupación sin palabras pasó por su pecho y él la dejó ir. No podía entender qué decía Mimi en el jardín pero el tono revelaba alegría. Una alegría de domingo, pensó el señor Nishida y abrió aún más las puertas que daban al pequeño jardín.

En la galería Nana se había echado sobre un costado, en el piso, y con el pie movía tres hojas de ginko intentando formar una figura.

El señor Nishida pensó en lo diferentes que eran: para Mimi el alimento era una especie de combustible instantáneo que debía ser utilizado en acciones físicas urgentes, para Nana, en cambio, la transformación del alimento en energía requería un trabajoso proceso que ella llevaba a cabo en largas y profundas siestas.

Apenas Nana acercó el pulgar a su boca el señor Nishida supo que se avecinaban unos minutos de malhumor y luego una siesta. Pensó que cuando Nana fuera mayor de edad la casa iba a estar pagada y luego pensó que no era esa la clase de pensamientos para un domingo de sol en el jardín. Se quitó los anteojos, apretó con el pulgar y el índice el puente de su nariz y luego volvió a colocárselos.

Mimi había llenado un balde con agua y se había metido dentro. De pie, con el agua por las rodillas, miró a su padre y gritó:

—Un mar, papá, tengo un mar.

El señor Nishida sonrió y le hizo un gesto con la mano para que bajara la voz. Mimi miró a su hermana, dobló un poco las rodillas, se encorvó y repitió:

—Pequeño mar —en una especie de murmullo lleno de energía contenida.

El señor Nishida se puso en cuclillas junto a su hija más pequeña y dijo:

—¿Una siesta?

—No —dijo la niña, y empujó las hojas de ginko con el pie.

—Muy bien —dijo el señor Nishida y se sentó junto a ella.

Nana lo miraba seria y el señor Nishida tuvo que contener una sonrisa.

—Qué pasa —dijo.

—¿Por qué no podemos tener un gato? —dijo la niña.

—¿Es eso? —dijo el señor Nishida.

La niña asintió. Sus párpados bajaban con tanta lentitud que casi podían verse al cubrir los ojos.

El señor Nishida pensó en atraerla hacia él. Si se apoyaba solo unos instantes en el regazo de su padre iba a quedarse dormida.

Mimi hacía una especie de marcha quieta dentro del balde y a cada paso el agua formaba pétalos de un instante alrededor de ella. Reía.

—Más bajo —dijo el señor Nishida, y Mimi se calló.

Cuando él volvió a mirar a Nana, la niña dormía con el pulgar en la boca y las hojas de ginko en el pelo.

El señor Nishida miró las hojas amarillas en el pelo negro de su hija. Luego se las quitó con suavidad y las colocó a un lado.

Apoyó la mano sobre el hombro de Nana y sintió su tibieza y su redondez. Un gato, pensó. Nana llevaba algunas semanas pidiendo tener un gato. La mano del señor Nishida subía y bajaba imperceptiblemente al ritmo de la respiración de la niña.

Mimi, parada sobre el balde dado vuelta, dijo:

—Regué las plantas, papá.

El señor Nishida asintió.

El jardín era el lujo de la familia Nishida. Un pequeño cuadrado de tierra que pagarían durante gran parte de sus vidas y que aun así resultaba conveniente. A veces el señor Nishida pensaba por las noches qué pasaría con la hipoteca si él enfermara. Ese pensamiento era como una mosca encerrada en un frasco. Pero el domingo no era un día para pensar en eso. Un domingo cálido de otoño.

El tiempo fue amable en el pequeño jardín de la familia Nishida. La tarde se estiró como si se despidiera, y el señor Nishida entró a la casa a preparar un té.

Mimi había armado con ramas una corona que se empeñaba en abrirse, y Nana arrastraba el balde ahora lleno de hojas de ginko.

El señor Nishida vertió el agua caliente en la taza, la tapó y colocó sobre un plato. Pensó en ofrecerles jugo de naranja a las niñas, pero su madre estaba por llegar y siempre decía que el jugo tenía demasiada azúcar.

Entonces el señor Nishida sintió la presencia del viento. Un viento fuerte que pareció susurrar algo a través de las paredes de madera de la casa.

Al salir vio cómo sacudía las ramas del ginko de la vereda. Una lluvia amarilla de hojas como mariposas voló antes de cubrir el piso. Mimi y Nana recogieron las hojas y volvieron a echarlas al aire. Los brazos de Nana eran cortos y al levantarlos rozaban sus orejas.

El señor Nishida sintió cómo el aire se helaba de repente.

El viento volvió, jugó con algunas de las hojas, y sopló sobre las niñas, levantándolas como si no pesaran, quitándoles a la vez el color y la forma, expandiéndolas en infinitas escamas de cristal que cayeron al suelo.

Después todo se quedó muy quieto. El viento se había ido.

Donde habían estado las niñas no quedó nada.

El señor Nishida sintió el dolor de mil lanzas en su cuerpo. Las de la garganta no le permitían respirar. Y así caminó hacia el centro del jardín, allí donde habían estado o estaban Mimi y Nana.

Permaneció de pie, pálido, mirando el suelo y el cielo, esperando, pero el viento no sopló sobre él.

El señor Nishida se dejó caer sobre el lugar en el que quedaban algunas escamas, y se retorció. Sus anteojos cayeron y el señor Nishida quebró las patillas con su espalda.

Una sandalia quedó en el pasto cuando el señor Nishida se puso de pie, y con la cara como si hubiera comenzado a deshacerse, entró a la casa.

Se sentó frente al pequeño escritorio, abrió el cuaderno, tomó el lápiz y comenzó a escribir.